

ESTE PERIÓDICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRICION:

EN LA

HABANA

80 CENTAVOS

AL MES,

Y EN EL INTERIOR

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

EL NUM. SUELTO

SE VENDE

A 2 REALES FTES.



LA REDACCION

ESTÁ EN

"EL IRIS,"

LIBRERÍA É IMPRENTA,

CALLE DEL OBISPO

NUM. 22.

Á DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

LOS AVISOS

Y LAS

RECLAMACIONES.

LA ADMINISTRACION

ESTÁ EN

EL MISMO ESTABLECIMIENTO

DON JUNÍPERO.

PERIÓDICO SATÍRICO-JOCOSO CON ABUNDANCIA DE CARICATURAS,

DIRIGIDO POR

VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

EL MIEDO.



respeto.

Al ladrón le contiene el miedo á la cárcel. Roba, le prenden y pierde ya el miedo á la cárcel: su maldad sube de punto y solo tiene miedo al patíbulo. Asesina; le decapitan. El miedo le hace arrepentirse, pero estad seguros de que en el otro ú otros mundos, ya sin miedo á nada y asegurado de muerte, aunque no de incendios, hace de las suyas y da él solo mas guerra que cien

condenados. Dura tarea será la de barajar una baraja de asesinos ya en posesion de su infierno.

Los amantes se portan bien mientras tienen miedo de disgustarse. En cuanto se pierden el miedo, uno tira á derecha y otro á torcida. El miedo era el sosten de su amor.

La vida suele soportarse, mas que por apego á la existencia, por miedo á la muerte. Destiérrese este miedo y desde mañana se ahorcarán, como quien se pone el corbatin, millares de hombres por día: unos por no tener el fastidio de afeitarse, otros porque el frío del invierno es incómodo, otros porque los tabacos son malos y caros, otros porque no tienen diez reales para guantes y así por tan poderosas causas. Por el miedo, pues, subsiste la humanidad.

Si no hubiera miedo, los hombres se matarían, se robarían y abofetearían á cada paso. Pero afortunadamente la balanza social tiene en un platillo el valor y la fuerza y en el otro el miedo y la debilidad: por eso mantiene su indispensable equilibrio.

El miedo y el dolor nos someten los animales, que tanto nos ayudan en nuestras tareas con el tributo de su

fuerza y el homenaje de su obediencia.

El honor es el miedo al ridículo. Eliminemos este miedo y el ídolo cae del altar y la desvergüenza vendrá á ocupar su puesto.

Un valiente es el que tiene mucho miedo á que le llamen cobarde.

La moral tiene por fundamento el miedo al ¿qué dirán? Que se establezca el valor del *que se me dá á mí*, y la sociedad se tornará en suciedad.

La virtud es el miedo al vicio. La prudencia es el miedo de la razon; la templanza el miedo del estómago á los peligros de la gula; la castidad suele ser miedo á los achaques del desenfreno: la diligencia miedo á los hijos de la Pereza, que aunque solterona, es madre de todos los vicios y abuela del hambre y la miseria.

Vemos claramente que ese miedo tan escarnecido es el vínculo de los hombres, el sustentáculo de las instituciones, la columna de la religion, la piedra angular de la moral, el apoyo de la justicia, el árbitro de las victorias, en una palabra, el sentimiento que Dios ha vertido en la especie humana para que subsista, se mueva, se desarrolle,

sostenida por ese principio conservador de su propio ser y naturaleza.

Analícemos el miedo psicológicamente.

El valor, dicen algunos, que es el disimulo, ó sea la hipocresía del miedo. Algo hay de verdad en esto.

El valor está en creerse superior al peligro.

El miedo es creerse inferior al peligro; es el valor sobrepujado por el peligro.

Ello dirán que es sofisma, pero casi puede asegurarse, que el miedo es el último grado, el non plus del valor. Que para llegar al miedo se ha pasado por todos los grados del valor hasta salir de sus límites.

Figúrate, lector, que te amenaza un niño de diez años; le esperas, porque te crees superior á él: si es de quince años le esperas, pero tienes que emplear mas cantidad de valor: si es de treinta años, tienes que subir de punto tu valor: si por añadidura es atlético, tu valor vacila y tiene que esforzarse. Si á mas de atlético tiene un garrote, entonces, si le esperas, es por amor propio, pero le esperas con miedo porque estás empleando todo tu valor y no te basta. ¿Cuándo has sentido el miedo? Despues de ser valiente á tu último grado y de haber agotado todo tu valor, como eres débil cuando para levantar un gran peso has empleado en vano toda tu fuerza.

Consecuencia lógica, si no verdadera. El miedo es la cumbre del valor. Un cobarde es un super-valiente.

En un desafío el que va temblando es el mas digno, el mas valiente porque, creyendo superior el peligro, va por el honor. Decid al valenton confiado: «vas á morir» y se echará á temblar.

Homero quiso pintarnos el hombre mas valiente y nos pintó el mas cobarde de los hombres. Aquiles es invulnerable, no puede morir; lo sabe: ¿á qué tendrá miedo? Aquiles no es un héroe, es un sublime asesino. ¿Héctor si que es valiente! Lucha con el que no puede morir á sus golpes impotentes.

Sabido es que por el miedo se han hecho las mayores proezas. Si penetrásemos en el mas recóndito rincón del corazón de algunos héroes al realizar una hazaña, acaso encontraríamos el miedo por fuerza motriz y trocaríamos la admiración en risa y el aplauso en silbido.

No ha habido hombre sin miedo. El Cid, Bayardo y otros de tal jaez, á algo tendrían miedo; pero la historia no lo dice, porque como corta de vista solo ve las cosas grandes y exteriores y no las interiores y pequeñas. Si no tuvieron miedo pudieron tenerle sometidos á pruebas mayores que las que arrojaron. El Cid delante de una docena de leones sueltos hubiera temblado. ¿Quién sabe si tendría miedo á los enfados de Gimena? ¿Quién sabe si Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha, tendría miedo á los murciélagos, arañas ó á bicho menor todavía? ¿Sabe nadie las rarezas del alma humana y sus mil anomalías?

El arte debe algo al miedo: las murallas de Babilonia, la de la China y otras no menos notables; los castillos de la edad media y las fortalezas actuales, el miedo las levantó. Las escolleras se deben al miedo á las tempestades.

Tal vez al miedo debemos un poeta delicioso. Si Horacio no hubiera tenido miedo en Filipos y puesto piés en polvorosa, pudo haber perecido, y los literatos no se embriagarían con el néctar de sus odas y con la pimienta de sus sátiras.

En cambio el valor nos quitó á Garcilaso y pudo privarnos en Lepanto del Quijote, si conforme dió en el brazo llega á dar el enemigo en la prodigiosa cabeza que concibió tal obra.

Una cuchillada pudo en Campaldino arrebatar al mayor de los poetas: al valeroso Dante. En cambio el miedo á ser quemado vivo, á que le habían condenado sus conciudadanos, le hizo escribir en el destierro la mas sublime de las epopeyas.

El valor en general tiene algo de locura; el miedo mucho de discreción.

¡Injustos hombres qué desconocen el valor del miedo!

«El miedo guarda la viña» dice el refrán castellano. El miedo lo guarda todo digo yo que soy castellano, aunque no refran.

El propietario posee porque el miedo guarda sus haciendas.

El hogar, la familia subsiste por el miedo.

El miedo espanta los ladrones al rico, y los amantes al casado.

Miedo en el enemigo debe pedir el caudillo para triunfar: miedo en los suyos para ser obedecido. La disciplina es el miedo regiamentado y uniformado, y al soldado se le manda con el miedo.

Miedo debe desear el sacerdote para salvar.

Miedo el político para gobernar.

Basta: el miedo es la fuerza; la miología la primera de las ciencias que conviene estudiar.

Licurgo hizo de Esparta un pueblo de guerreros para dar miedo á sus vecinos. Si los ilotas no hubieran tenido miedo á sus duros señores, Esparta hubiera concluido por consunción.

Que otro Licurgo forme un país de hombres, todos, todos sin miedo á nada. Durará un día, porque realizarán la fábula de los guerreros de Cadmo.

El día en que todos los hombres tengan miedo no habrá guerras, crímenes, ni injusticias; la paz y el progreso reinarán en el mundo.

¡Ay del día en que falte el miedo! Lo mismo que, si le faltase la atracción la tierra estallarí, el día en que concluya la fuerza sustentadora y atractiva del miedo, los átomos morales llamados hombres se separarán y destruirán en vez de unirse, combinarse y engrandecerse.

Con miedo y todo la raza humana se lanza á todo lo malo.

Gens humana ruit per vetitum nefas.

¿Qué haría sin él, cuando, siendo lo

mejor posible, no permite á Júpiter deponer su rayo iracundo?

Iracunda Jovem ponere fulmina.

He aquí el miedo.

Y no hay un cantor de su epopeya, ni un Píndaro de los miedosos!

Mahoma lo ha dicho: el hombre es ingrato.

Si el lector ha tenido el valor de leer estos renglones, yo tengo miedo de cansarle y termino.

Mi miedo le liberta de tan pesado y enojoso escrito.

La Locura.

CANTOS POPULARES.

LA CAIDA DE LA TARDE!

I.

¡Qué bellas lucen las tardes
En los campos de mi patria,
Cuando el sol su luz esconde
Por detrás de las montañas!
Van alegres los placeros,
En vuelta de sus estancias:
Su mujer al uno espera,
Lo espera al otro su hermana,
Brilla en los campos del uno
El rábano y la malanga;
Luce la tierra del otro
Limpia de yerba y arada.
Y el placer satisfecho
De la dicha que le aguarda,
Entona con voz alegre
Esta décima peruana!

«Aunque ya se muere el día,
Y un tanto me he detenido,
Mi Dominga no ha comido
Sabiendo que yo venia.
Haces bien, trigueña mia,
En esperar mi compañía:
Mucho cariño no daña,
—Que el tenerlo es gran fortuna,
—Qué hermosa alumbra la luna,
Si el lucero la acompaña.»

II.

En tanto que aquí sin tiple
Su rústica décima alza
Alentando con las piernas
De su jamelgo la marcha,
Un carretero tranquilo
Dirige por la calzada,
A «caramelo» y «brillante»,
Con la voz, no con la vara.
Porque el pobre no se olvida
Del corazón de una ingrata,
Que hoy á otro cuarto se muda
Porque brilla con mas gala!
Y despues de un gran bostezo
(La boca abrió media vara)
Entre el bostezo y el «arre»
Esto cantó con el alma.

«Te acuerdas, Juana María,
Mi brillante papagayo,
De aquel caballito bayo
Que de muermo se murió?
Pues, así, sitiera mia,
Tu rigor, tu *endina* saña,
Me han destrozado una entraña
Como veneno de *cobre*:
—¡Qué triste se queda un pobre
Cuando una prieta lo engaña!

III.

Yo tambien cantor de Cuba,
En estas tardes galanas,
Busco la sombra apacible
Que preyectan las montañas!
¡Cuál me place en la Alameda
(Que han dado en llamar de Paula)
Ver las tranquilas goletas
En los muelles amarradas!
Ver á Regla! Ver los carros
De la férrea línea *Urbana*!
Los niños que corretean
Y las personas ancianas,
Que paseándose despacio,
Recuerdan glorias pasadas!
¡Bellas tardes! ¡Tardes bellas!
¡Qué suaves, qué sonrosadas!
Sin nubes que os oscurezcan
¡Quién no vos *lleva* en el alma?
Ah! donde quiera te encuentre
Siempre tan pura y galana!
Lo mismo en el alto monte,
Que en la escondida cañada!
Desde la misma Alameda
Oyen los ojos del alma
Un guajiro que improvisa,
Una sitiera que canta,
Un marinero que gime,
Otro que ausencia declama!
Y todos y todos juntos
De las lindas tardes hablan.
Un pobre carretillero,
Que lleva barriles de agua,
Alza en congo con tristeza
Esta décima *africana*.

No puede camisa fina,
Ni chaqueton de color,
Usar el pobre aguador
Del muelle de la *Machina*.
La negrita Severina,
Que en San Lázaro se baña,
Con el cocherro me engaña
Del caballero *Laguna*:—
Que mal parece la luna
De dos negros en compañía.—

IV.

En estas tardes tan bellas
A los impulsos del aura,
¡Cuán facilmente se cubre
El suelo de secas yaguas!
En el batey ladra el perro
Que á los ladrones espanta,
Y á su apacible ladrido
Salen huyendo las gatas!
En los ricos cafetales,

En una especie de gradas,
(Que en forma piramidal
Se elevan junto á las casas)
Se colocan lentamente,
Con gravedad estudiada,
Los guanajos de escobilla
Y las tímidas yaguasas.
Al borde de la laguna
El airco ganso grazna:
Y, rústicas filomenas,
Se hablan de amores las ranas!
Ah! No hay duda que estas tardes
Que eclipsan á las de Italia,
Son capaces de dar grima
Al sultan de Mauritania!
Dan estas tardes destellos
A aquella espaciosa laja,
Donde el negrito Bartolo
Todos mis trompos bailaba!
Yo que en ella me senté
La llevo siempre clavada:
Hasta sangre de mis venas
Hoy diera yo por mirarla.
¡Y en fin sabeis porque siempre
La llevo dentro del alma?
Porque otra laja en el mundo
No existe como esa laja!!!

Romana Chiquirriñona.

EL SOLTERO Y EL NENE.

«¿QUÉ demonios me voy á hacer?»
esclamaba el pobre soltero paseándose
por el cuarto, confundido y lleno de
rabia, mirando unas veces al niño en
su cuna de juncos y otras al reloj fran-
cés que estaba en la chimenea.

«Como me llamo Juan Fernandez,
que ya este chico se va á levantar y
todavía falta una hora para que venga
su madre! A quien Dios no le dá hijos,
el diablo le dá sobrinos! Y este gor-
difloncito de mi sobrino me va á hacer
cantar una gaita gallega desde que abra
los ojos»

Dicho y hecho. Un quejido salió de
la cuna en aquel momento, y Juan
Fernandez dió un salto y se puso á
mecer la cuna con todas sus fuerzas y
tanto interés como lo habria hecho un
marido ó un vendedor de columpios,
haciendo rodar al pobre muchachito,
arriba y abajo como pasajero de barco
mercante el dia de tormenta. — A un
lado y otro de la almohada iba la cabe-
za del pimpollo, que era cosa de ver,
hasta que el infeliz no pudo mas y dió
el primer chillido.

«Santa Bárbara! Que va á tronar!»
esclamó Juan, mirando el reloj. ¡Qué
haré, qué no haré, hasta que venga mi
hermana?»

Y se acercó al nene diciéndole: Nooo,
nooo, nooo.

Pero el nene que no lo entendia, em-
pezó á chillar á todo gznate.

Juan Fernandez, desesperado, arri-
mó el sillon-mecedor, se puso en las
piernas la carpeta de la mesa redonda

y lleno de indecible angustia y terror
como quien coje un trabuco cargado,
agarra aquella bota de manteca cuida-
dosamente entre el dedo gordo y el ín-
dice.

Un nuevo y mas esforzado llanto del
muchachito fué cuanto sacó Juan Fer-
nandez en prueba de agradecimiento;
pero sin desmayar, empezó á mecerlo,
y —

Duérmete, mi hijito,
Yo te dormiré
En esta camita
De Pedro Manuel.

Pero que camita, ni Pedro Manuel!
El nene subió el diapason, y Juan
Fernandez se daba á todas las legiones
infernales.

«Si será algun alfiler que lo está
hincando!» Nooo, nooo, nooo.

Y se puso á buscar el pícaro alfiler
que tenía el nene; pero no habia alfi-
ler y el nene rebentaba de puro colo-
rado con el llanto. Dióle una vuelta
para buscar el alfiler por detrás, y ca-
taplum!, allá va el nene rodando por
las piernas hasta el suelo.

«Virgen del Pilar! Si se habrá roto
el pescuezo! Si se habrá desnucado!
Qué hacer? Nooo, nooo, nooo.»

De repente le ocurre una idea: en
la percha del cuarto inmediato ve un
cuerpo de trage de su hermana, y con
aire de vencedor le echa mano. Por
supuesto que el traje estaba aderezado,
abuchado y empajado como pecho de
paloma, — un verdadero monumento
de invencion femenil. Loco de gozo se
lo prende por delante con dos alfileres
y se amarra las mangas por detrás de
la levita. Toma el nene y lo chiquea
sobre aquel falso ante-pecho.

«Gloria al que inventó las basquiñas,»
esclamó Juan, al ver que el nene deja-
ba de llorar y mirándole á las barbas
se iba quedando dormido.

«Duérmete, niñoito,
Yo te dormiré:»

volvió Juan á cantar meciendo al nene
y sin dejarle apartar la cabeza del pe-
cho.

En esto ábrese la puerta y entran un
par de ojos traviesos y llenos de mali-
cia, que lo miran con asombro y cierta
sorna, que habria reventado á Juan en
cualquiera otra ocasion.

«Su hermana de Vd. está en casa?»
preguntó Clementina, conteniendo la
risa.

«No señorita,» contestó Juan, hecho
una llama; «y me ha dejado de ayo.»

Clementina soltó la carcajada y ofre-
ció tomar el nene, en lo cual Juan con-
sintió de mil amores, quitándose de
prisa el ante-pecho que tenia prendido.

Clementina, con el niño en el hom-
bro, empezó á mecerlo suavemente y
el niño se durmió, sin necesidad de la
basquiña.

Juan Fernandez, se casó en Otoño
con Clementina del Prado. — ¡Benditos
sean los nenes que traen matrimonios!
Dígalos Vd. al revés si quiere.

Pascual.



Ayuntamiento de Madrid

—Ahí te queda eso, hijo mío.

—Pero, papá, ¿Y como lo desengredo yo?

—Como quieras; y si nó déjaselo á tu sucesor 65, que hará lo mismo que tú.

EL DIA DE REYES.



—Camará: ¿Ute ha vito de eso?

—Compae, no me lo diga. ¿Ute quié sabe una cosa? La veidá, me duele que esa gente manifieta en esta sincunstansia que no están como nosotros supiritaos por la sivilisasion.



Interior de una casa en la Habana durante el dia de Reyes.

COMO ME SUICIDÉ.

CAPÍTULO I.

Yo te digo, *Don Junipero*, que soy el único hombre conocido que ha pasado por eso y el único que puede contar lo que se sufre. Te hablo con experiencia en el asunto. Ríete, pero es la verdad. Yo, Narciso Dulcesueño que ahora te doy de comer en el café del Louvre de la fidelísima Habana, me sentí un día tan recargado de males, que resolví presentarme ante el Divino Hacedor con toda la lista de mis pecados sin perdonar. Pero llena el vaso, *Don Junipero*, y te contaré mi primera y última tentativa de suicidio.

—Pero dime, Narciso, ¿y lo conseguiste?

—Pues, por si lo conseguí ó no lo conseguí, *ascoltame!*

Tú sabes que yo tengo un buen sueldo del gobierno; por consiguiente no fueron las penas de plata, las que me llevaron á una muerte violenta; sino las penas de amor, unidas á una indigestion que tenia sus penas, y ambas reunidas eran mas de lo que yo podia sufrir.

Te acuerdas de Celestina, la bailadora, bailarina, quise decir, que nos trajo hace algun tiempo el Circo de Chiarini? Vive Dios! Pensar que he llamado bailarina y que tengo de llamar bailarina de á caballo á una sílfide que hizo época en el romance de un jóven honrado y le mató sus ilusiones!

Pues, si señor, era la mas linda y la mas bruja de las ninfas; su pié tenia tentaciones y su tobillo servia de pedestal á la pantorrilla mas manola que has visto nunca; y además como tenia dos! Y como las dos que tenia sostenian una cintura! Y como sobre la cintura estaba montado un busto, pero qué busto! Y el rostro que coronaba aquel busto!! Sus ojos eran dos pozos de luz y tenia la nariz arremangada.

Me hize presentar y, por supuesto, le dije que la amaba con una pasion volcánica. Y ella que era inflamable tambien y sabia que yo ganaba buen sueldo y que debia heredar al tio segundo de mi madre, que es mi padrino, me dijo en su español arrevesado, que me amaba desde el primer dia con delirio..... francés.

El domingo la llevé á Marianao y paseamos por el campo y vimos el puente y debajo de aquel arco de los rueuerdos, viendo correr las aguas cristalinas, nos juramos fidelidad eterna y por la tarde-cita á casa. Pues, qué te parece? Al dia siguiente fuí á verla y estaba muy enferma. Me la encontré toda enrollada en una soberbia manta de cachemira que yo le habia regalado, y echada en un sofá con toda la languidez de una grave indisposicion. Mi pesar estuvo á la altura de las circunstancias y le pedí permiso para llevarle el mas célebre homeópata del siglo; pero se negó, diciendo, que con descansar aquel dia y no bailar á la noche, se pondria buena. Despues de charlar con ella media hora, como quiera que se iba poniendo mas lánguida y necesitaba de reposo, le dije adios, besándole la mano—aquella mano que acostumbraba á llevar riendas!—y haciendo un carifito en la nariz—aquella nariz que parecia estar oliendo siempre un fricasé de pollo.

En la calle encontré á Pepe Paz, ya tú sabes quien, el Pepito mas currutaco de la Habana y de afuera, en aquellos dias. Ha muerto del vómito; pobrecito! *Don Junipero*,

bebamos á su memoria con respetuoso silencio. Dijele cuán triste estaba con la enfermedad de Celestina. Pepe Paz, se sonrió y me dijo que eso le pasaria pronto.

Yo tomé la simona, me fuí á casa como un enamorado triste, y me puse á leer la *Indiana* (de George Sand.) Mira si estaba enamorado. Mira si habia honradez en aquel amor.

A la noche ya estaba cansado de mi encierro y salí para tomar el aire. Fuí á la retreta por costumbre, y allí para mi mayor aturdimiento me veo á Celestina con mi Pepe Paz, que se paseaban de bracero como dos palomitos. No me quedaba ni pizca de duda. Si llevaba mi mantilla de cincuenta pesos y mi chal de diez onzas, —que por cierto yo no las habia pagado todavia.

Petrificado me quedé, porque ni por la imaginación me pasaba que Pepe Paz y Celestina, se conocian á menor distancia que la de 50 varas, es decir, que él nunca la habia visto sin pagar 2 pesetas por ese privilegio en el Circo. Resolví seguirlos; ellos no me habian visto y por lo tanto no podian descubrirme.

¿Cómo es eso que por la mañana se estuviese muriendo y á la noche anduviese de bureo con Pepe Paz? Pero nó! Seria que habia prestado su vestido á alguna amiga! Pues no, señor, entraron en el café —aquel café para mí tan lleno de recuerdos, Eden dichoso donde mas feliz que Adán en el Paraíso, toma que toma sorbetes y masca que masca barquillos yo habia bebido —

«El aura de su pecho vacilante,»

«La luz de sus pupilas de palama,»

como escribió Pepe, no Paz, sino Zorrilla.

Metime derechito por el lado de la cantina y me pegué á la puerta de comunicacion, que estaba cerrada como de costumbre. Ellos no sospechaban ni palabra, por que en el momento en que sudando y trasudando yo me puse á oír, ellos empezaron á curruquearse que era un primor. El pícaro de Pepe Paz, qué bien sabia hacerle el amor á la francesa! Y mira, *Don Junipero*, ¿sabes que Pepe Paz habia hecho la guerra con mas fortuna que yo?

Trueno y rayo! Las cosas que le oí decir, se me hundieron en el corazon como puñales.

—Esta mañana, le decia, encontré á Narciso; pobre diablo, tenia cara de lombrices y me dijo todo compungido que te habia visto enferma. Já, já, já.

—Pobre Narciso! Dijo la serpiente francesa, es muy cómico (Mico era ella!) El me llamó su ángel! Pobrecito Narciso! Yo queria mucho á mi pobre Narciso!

Y los dos se reian como locos. Si me hubiese tragado una docena de carbones encendidos, no habria sufrido como sufrí al oír aquellas palabras y aquellas risitas por cuenta del «pobrecito Narciso.»

—El pobrecito Narciso, siguió diciendo la culebra del Circo, é un grand bobo. Creyendo que yo lo quiera, bobo, yo no quiera nada, yo no quiera que mi Pepe Paz.

—Dulce amiga!

Mi cara Celestina! Qué quieres tomar? Sangria ó limonada?

—Sangre ó limonad! Pues mi pobre bobo Narciso da mi Champagne. Tu é un cicatero, Pepe Paz. Sangre! Limonad! Yo guste mejor de la cre verde de viuda Cliquot, como da mi pobrecito Narciso.

Te juro, mi querido *Don Junipero*, que no sé lo que entonces me estaba pasando. Pero tienes el vaso enjuto..... Vamos otro trago á tu salud. Esta es Champaña, legítima de Sello verde, de la viuda Cliquot.

—A tu salud, Narciso.

—A la tuya, *Don Junipero*.

—Pero — para seguir mi historia, Pepe Paz no le dió Champaña, sino limonada, la bebida mas miserable para la mas miserable de las hembras. Ella, sin embargo, se la bebió diciendo:

—Dulcite como tú, Pepe Paz.

—Yo no pude aguantar mas, y detrás de la puerta exclamé: *Traidores!*

Celestina dió un chillido, y Pepe Paz se levantó á ver quien habia hablado.

Yo me escapé por la puerta del zaguan y tomé la primera volante que me vino á mano.

Narciso.

(FINALIZARÁ.)

AMOR OCULTO.

Ya de mi amor la confesion sincera
Oyeron tus calladas celosías,
Y fué testigo de las ansias mias
La luna, de los tristes compañera.

Tu nombre dice el ave placentera
A quien visito yo todos los dias,
Y alegran mis soñadas alegrías
El valle, el monte, la creacion entera.

Solo tú mi secreto no conoces
Por mas que el alma con latido ardiente
Sin yo quererlo, te lo diga á voces:

Y acaso has de ignorarlo eternamente,
Como las ondas de la mar veloces
El curso ignoran de la mansa fuente.

¡LEJOS!

A. C.

En vano, sombra que tenaz persigo,
En vano á tí me acerco,
Te toco, y aun así de mí te encuentras
Lejos, muy lejos.

Tú por la senda de la dicha corres
Y yo por la del duelo,
Distintas son las dos, y las dos llevan
Lejos, muy lejos.

A tu lado vivir soñé algun dia
En júbilo perpétuo,
Hoy ausente de tí, morir quisiera
Léjos, muy léjos!

M. del Palacio.

AL MALISIMO AUTOR DE UNA OBRA PÉSIMA.

EPÍGRAMA.

Si tu libro no se vende
No es porque, estimado Eugenio,
No sea de tu ingenio,
Es que el lector no lo entiende.

Esparavan.

NOCTURNO.

Se dice que el morrocoy, ó sea la tortuga de tierra se nutre de sus propias entrañas.

Con este animal simbolizaría yo al que á falta de poder vivir de su ingenio ó su cafetal, vive de su inteligencia poca ó mucha, al escritor de oficio.

De todas las profesiones ninguna requiere, por decirlo así, mas zumointelectual inmediato, cada vez que ha de elaborar, que la del que puede decirse que arranca de dentro de sí mismo la materia prima que va á convertir en mercancía aceptable.

Y todavía hay benditos que se rien irónicamente cuando oyen nombrar obreros á los que no suben en andamios, pero construyen esos edificios que se llaman periódicos, esos templos que se conocen con el nombre de libros; á los que no forjan el hierro, pero calcinan su cerebro para arrancarle esas armas que se denominan ideas; que no tallan la piedra, pero modelan sus pensamientos y los apiñan en esas columnas simétricas que ennegrecen el papel y llevan la luz á domicilio!

Y los llaman holgazanes porque.....diz que por que trabajan sentados y á la sombra!

Y tan á la sombra á veces! Como que las horas de su jornal son las de la sombra y tambien del descanso universal, en la mayor parte de los casos.

No lo digo por mí — pobre aprendiz que no tiene la pretension de merecer lo que le produce su parte de lechada negra — pero nada es mas meritorio que el pan del escritor.

¡El sudor de la frente!

¿Qué es el sudor de la frente junto á la laboriosa y dolorosa traspiración de la mente en el Monte Oliveto de la publicidad?.....

Pero creo, Dios me perdone, que estoy diciendo tonterías impropias de un periódico tan juicioso como el *Junípero*.

Cualquiera diría que yo me tengo en algo y que doy algun valor á estos párrafos que tienen la bondad de acoger en tan distinguida publicación, y que esa condescendencia ha acabado por infatuarme.

De todo tiene la culpa el mal humor en que me ha puesto el triunfo de mi escritorio sobre mi cama en la lucha que entre ambos se estableció desde que me vieron entrar esta noche.

Después de estos dias en que parece que todos se proponen

«Hallar el descanso cansando el placer,»

y en que se me figura que he participado un poco de la embriaguez comun de las pascuas, reñida ha sido la acción entre los que se disputaban mi preferencia.

Qué seductora ha estado la cama, la muy zalamera y como me abría los brazos halagando mi pereza, ese llamado vicio fundamental del hombre! Qué dulce reposo me brindaba! Cuántos sueños deliciosos, y sobre todo, cuanto olvido!

¿Qué armas empleó pues el escritorio? Una sola decidió el triunfo ó mejor dicho, dos:

Un ejemplo y una frase.

El ejemplo me lo daba un personaje: el Estio de bronce que sostiene mi candelero,

laboriosa mujercita incansable en su tarea, inmóvil, serena como la imagen del deber, que con la luz en una mano me decía: piensa!, y con la hoz en la otra: trabaja!

La frase salió de mi tintero y resonó claro en mi oído. Fué esta: «El compromiso contraído!»

Yo habia prometido un artículo.

Es verdad! dije. Lancé á la cama una mirada de ternura acompañada de un suspiro, y aquí estoy mojando la pluma dispuesto á cumplir mi compromiso.

Me dan Vds. permiso para cumplirlo sin obedecer mas que en parte á la muñequita de mi candelero, esto es, sin pensar?

Pues entonces no haré mas que contar un cuento.

Y es el siguiente:

EL DESTINO DE LAS CRIATURAS.

Éranse dos amigos inseparables.

Los dos buenos mozos, los dos calaveras, y la gente decía que de buen tono.

Yo no sé, pero los dos eran simpáticos.

Se llevaban poca edad y entre ambos no sumaban cincuenta años.

Se querían como hermanos, mas como no lo eran, nunca reñían.

Pero he aquí que una mañana después de haberla corrido largo muchos dias, y en uno de esos momentos de juicio que inspira el cansancio y el hastio de los placeres de soltero, decidieron de comun acuerdo que era tiempo de casarse.

Pues señor, lo mismo fué hablar de muger que presentarse entre los dos la primera sombra de desavenencia. Porque — pásmense Vds. — entre aquellos dos hombres del siglo, que eran pobres ambos, habia uno que tenia la mania de no querer — vamos! da horror decirlo — de no querer muger rica!

Y no hubo forma de que el otro lo convenciese de su barbaridad. Se habia empeñado en que no sé que dignidad de hombre le impedía aceptar una fortuna de manos de una muger, en que una esposa rica seria una calamidad para él, y qué se yo que mas sandeces.

Fué preciso al otro — coburgo-mano á carta cabal, — resignarse y no insistir mas.

En desquite se propuso buscar para sí una novia doblemente rica de lo que habia pensado antes.

Como ambos tenían mala fama, no tuvieron mucho que hacer para encontrar cada cual lo que buscaba.

Ocho dias después de su resolución, los dos tenían novia.

Luis estaba correspondido por la hija de un pobre empleado viejo que vivia modestamente, muchacha preciosa y cuya cara revelaba una alma aun mas preciosa, en la opinion de los que creían en semejantes revelaciones tratándose de gente de faldas.

Gustavo con su cara de Apolo, habia vuelto loca á la heredera de un comerciante que giraba no sé cuantos millones.

Trabajo le costó amansar al padre, pero como la muchacha estaba decidida, y Gustavo aunque calavera era de buena familia y ganaba un sueldo decente, el viejo se resignó por evitar escándalo.

Pasó algun tiempo y se fijó época para el matrimonio. Orestes y Pilades resolvieron que las dos bodas se verificarían en un mismo dia. Era de cajón.

Pues, señor, que llegó el dia y..... se casaron, ahorremos digresiones.

Al dia siguiente pasaban en las respectivas casas de los suegros respectivos las escenas siguientes:

El suegro de Gustavo.— Amigo mio: tengo que hacer á V. una confesion dolorosa: dentro de una semana me presento en quiebra y quedo, como generalmente se dice, en la calle. Siento no poder dar á mi hija una dote, pero la fortuna, que hasta aquí me fovorecía, se ha mostrado adversa etc. etc.

El suegro de Luis.— Mi querido yerno: tengo que franquearme con V. Todo el mundo me crée pobre, y V. el primero. Lo soy en efecto pues, todo lo que poseo es de mi hija. No me interrumpa V.; sé que va V. á preguntarme qué es lo que poséo, yo un pobre empleado. Pues bien; sepa V. que Aurora heredó de un hermano de su madre que murió en la América del Sur, todos sus bienes. Esto no lo sabe nadie, pues yo lo he ocultado con el fin de no esponer á mi hija á ser objeto de especulación, y ella misma lo ignora. Aquí tiene V. los títulos de su fortuna: puede calcularse en doscientos cincuenta mil \$.

Los dos amigos volaron, uno en busca de otro, y se encontraron precisamente en la mitad del camino.

Ambos al verse cayeron uno en brazos del otro: ninguno de los dos comprendia lo que le pasaba á cada cual.

—Maldición! exclamó al fin Gustavo.

—Fatalidad! exclamó Luis.

Y ambos se contaron sus cuitas: el primero desesperado, el segundo en el colmo del desagrado y la contrariedad.

Ha pasado algun tiempo. Gustavo para vengarse de la suerte, se ha puesto á querer á su muger y á trabajar con ardor.

Luis le escribe á menudo desde Europa, por donde viaja, para consolarse de su desgracia.

Pobrecito! Ojalá lo consiga.

Cristóbal.

COMINACIÓ

A L' AÑY DE 1864.

SONETO.

Si, com diu D. Francesch Martí y Torrens,
T' portas com un home de profit,
Serás del meu amor el preferit
En mitj de la caterva de parents.

Tindrás part, cuand jo mori, dels meus bens
Si seguexas, aïny nou, sempre axarid
La virtut amparán de dia y nit
Y reganyán á la maldat las dents.

Peró si, bonaboya y testarrud,
Ni mes ni menos fas que l' teu passad
Que altra lley no tingué que de l' embut,

Llavors t' tractaré com un malvad,
Y faré que, per lladre y disolut.....
A dalt vaijias á peu de Monserrat.

Esparavan.

SANTA-CROCE.

POR MÉRY.

(TRADUCIDO PARA EL «DON JUNÍPERO.»)

—Pero Leonio, me parece que has dicho que el Sr. de Blechamp estaba ausente..... si está en Rouen.

—Si está en Rouen, interrumpió Leonio apresuradamente, le mandarán un correo; reventarán seis caballos. Cuando se gana se puede muy bien hacer todo eso.

—Bueno, ya veo que no has olvidado las matemáticas, Leonio..... Vamos hijo mío, tranquilízate, tienes calentura. Voy a hablar de esto un momento con tu mamá, y me marcho en seguida.

Leonio vió el paraíso y creyó tocarlo con la mano.

Es inútil hacer aquí mención de todas las visitas, palabras y notas diplomáticas cambiadas entre las dos familias para llevar a feliz término este gran negocio. Bastará decir el resultado. Habiendo encontrado Leonio desde el primer momento, una complice muy inteligente y disimulada en la Srita. Octavia, no podía menos de marchar todo admirablemente. Lo que quieren dos jóvenes corazones, Dios lo quiere. El Señor de Blechamp escapado por un milagro a la deshonra de perder un pleito, consintió en todo; solo que pidió un plazo en atención a la edad de Leonio. Comprometidas por su palabra las dos familias, fijaron como término del plazo la mayor edad de Leonio.

—Que desgraciado soy, dijo el joven, porque yo me considero como de veinte y tres años. El Conde de Santa-Croce, la víspera de casarse con mamá tuvo que emprender un viaje que duró cuatro años, lo cual retardó mi nacimiento. ¡Ved el mal que esto me causa!

Un dichoso incidente, emanado del ministro de la guerra, dió repentinamente a Leonio el valor de aceptar su suerte. Recibió orden de reunirse en Port-Vendres al regimiento 23 de línea que se disponía a marchar a Africa. La esperanza de llevar con el regalo de bodas la charretera de Capitan y alguna condecoración, dió repentinamente a su marcha un carácter de alegría inesperada.

Durante la larga ausencia de Leonio las dos familias vivieron en la mejor armonía. El joven oficial enviaba con exactitud la boleta de la campaña y las órdenes del día que citaban su nombre. La buena educación que habia recibido fué un poderoso auxiliar para él en aquella guerra en que la agilidad, el vigor y la destreza son auxiliares indispensables de esa cualidad vulgar que se llama valor.

De manera que el bravo Lamoriciere que habia presenciado veinte veces la afortunada audacia del alférez Santa-Croce le dijo un día: Joven, sereis general a los 30 años.

Es necesario que el autor de esta historia recuerde que Leonio y Octavia son prometidos, que su casamiento ha sido aplazado para la mayor edad del esposo, y que las campañas de Africa, tienen muchos pormenores intermedios que fatigan al lector. Así es que volveremos a encon-

trar a Leonio desembarcando en Port Vendres, provisto de una licencia para casarse, con las charreteras de Capitan y ostentando en su pecho la Cruz de Honor.

Todo habia sido combinado para llegar el día prometido. Una silla de posta rival del ferro-carril recibió a Leonio en Port-Vendres y lo condujo a la posesión del Conde Wilfredo, donde brillaban ya los preparativos de una fiesta como no se habia visto jamás en aquel rincón de la Lombardía.

La cosa habia tomada un aire triunfal. Cuando la joven apareció con su vestido blanco y su ramo virginal en el salón del castillo, hubo un estremecimiento de admiración que fué al par un epitalamio y un himno a su belleza. Leonio no se acordaba del mundo, de su familia, de su estado, ni de su naciente gloria; se habia olvidado hasta de si mismo; vivia en Octavia, le daba su alma que se cernía como un ángel en la atmósfera de los elogios. El delirio del baile habia llegado a su *máximum*; todos los rostros brillaban de alegría como si hubieran reflejado la de los dos esposos; la música daba movimiento a los pies y embriagaba los ánimos, de todos los labios salían palabras de ternura; se podia haber dicho que toda aquella multitud de jóvenes de ambos sexos se casaban por imitación.

Todos tratan de olvidar en el bullicio de una fiesta hasta sus pensamientos de amor, pero nunca falta una mano que escriba tres palabras en la pared, algun recuerdo fatal que cruzando por la mente hace descender al hombre feliz desde lo alto del cielo al fango de la tierra. El lema de la familia de los Santa-Croce brillaba sobre un trasparente en la puerta del palacio. Un viejo criado Corso lo habia colocado allí y tal vez con intención. Leonio al atravesar el vestíbulo, volvió maquinalmente la cabeza hacia la puerta como para pedir al aire exterior el bálsamo de la brisa de la noche, y su mirada se fijó en el lema de la familia: *Morto-vivo*.

Todo el pasado se presentó a la memoria de Leonio, porque en sus momentos de delirio, cuando juegan a la vez todas sus fibras, el cerebro parece agrandarse y refleja a la vez como en un gran espejo toda una pasada existencia. Padre mío, padre mío! El noble Conde de Santa-Croce falta a esta fiesta, se dijo Leonio hiriéndose la frente: es necesario que asista cuando menos por un pensamiento que viene de él. Hoy es el día en que debo leer esta carta paternal, funebre y misterioso testamento. Hoy es el día en que debo, siguiendo el ejemplo de los antiguos, pasear en un ataúd por en medio de la alegría de una fiesta. Sombra de mi noble padre, no serás desterrada esta noche de mi noble casa.

Leonio arrojó una rápida mirada en el salón del baile. Octavia bailaba y la felicidad se reflejaba en todas sus facciones: las mujeres bailan siempre. Leonio subió la escalera de su cuarto y abrió con precaución la habitación preparada para la esposa. La vista de aquella carta que jamás habia abandonado, le causó un estremecimiento y tuvo que apelar a todas sus fuerzas para romper el frágil sello. Hé aquí lo que el difunto Conde de Santa-Croce escribía a su hijo.

(CONTINUARÁ.)

DURACION DEL PLACER.

Un aleman que ha estudiado treinta años sobre esta idea, dá las contestaciones siguientes:

—¡Oh! tú que amas el placer puro, lee:

—¿Lo quieres por un instante? Si tienes sed, bebe agua fresca. —¿Por algunos minutos? Come un bocado que te agrade; contempla un hermoso caballo que no sea tuyo; una cara bonita; una pintura famosa. —¿Por una ó dos horas? Asiste a un brillante espectáculo; lee un buen libro; escucha una buena orquesta; haz una, dos ó mas visitas a una dama joven y hermosa; abandónate recostado sobre flores, cerca de una fuente cristalina, a dulces ideas, contemplando el hermoso cielo. —¿Por una tarde? Pásala en conversacion de pocos, pero escogidos amigos, de damas hermosas, amables y sabias, sin que ellas demuestren el conocerlo. —¿Todo un día? Haz una buena accion al levantarte y proyecta el hacer otra después de comer. —¿Por una semana entera? Asiste a la boda de uno de tus amigos. —¿Por seis meses? Compra una casa en el campo al lado de la suya, planta y recoge tu cosecha, edifica alguna habitación agradable. —¿Por un año? Cásate con una dama a quien ames. —¿Por dos años? Añade a tus bienes una hacienda donde tengas pobres a quienes hagas bien. —¿Por toda la vida? Practica la virtud, ejerce la caridad, sin que nadie lo sepa, trabaja y goza con moderacion hasta los placeres mas inocentes.

FACETIÆ.

Un condenado a muerte decia al verdugo que le ponía el cordel al cuello:

—No aprietes tanto que me vas a ahogar.

—De eso se trata; respondió el ejecutor con suma gravedad.

Un dependiente de una de las primeras casas de comercio de Nueva Orleans, estaba hablando del estendido negocio que hacia la casa en que estaba empleado.

—Figúrense que negocio hará, decia, que solo en plumas para la correspondencia se gastan, todos los años, dos mil pesos.

—¿Qué es esto? dijo el dependiente de otra, que lo estaba escuchando, comparado al gasto de nuestra correspondencia, cuando yo ahorro, en igual tiempo, cuatro mil pesos de tinta con solo el dejar de tildar las *ies*!

A un elegante de Paris le mandaron tomar baños de mar. Se trasladó a Biarritz, y al siguiente día de llegar allí temprano estaba en la playa aguardando que su criado llegase con las toallas, y demas artículos para empezar las abluciones saladas.

Llegó, y listo ya el *dandy* para meterse en el agua le dice al criado:

—François, el mar huele horriblemente, me va a envenenar; échale un poco de agua de Colonia, sino me asfixio.

HABANA: LIBRERÍA É IMPRENTA «EL IRIS», OBISPO 22.